

EL DIA DE TOLEDO

Periódico defensor de los intereses de la Provincia.

(CONTINUACIÓN DEL «DIARIO DE TOLEDO»)

LITERATURA—NOTICIAS—ANUNCIOS

SUSCRIPCIÓN

Toledo, un trimestre..... 1'50 pesetas.
Fuera, id. id..... 2 »
PAGO ADELANTADO
Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25 id.

DIRECTOR

JULIO GONZÁLEZ Y HERNÁNDEZ

ANUNCIOS

En 1.ª plana, 25 céntimos línea.—En 3.ª, 15 id.—En 4.ª, 5 id.

Redacción y Administración, SINAOGA, 4.—Horas: de cuatro á seis de la tarde

Habilitación de **CLASES PASIVAS** • AGENCIA ALMODOBAR
Tramitación de Expedientes de pensión, Retiros, Jubilaciones, Cesantías, Pagos de Toca, Cruces, Traslaciones de pago. Admitense poderes. Constanse consultas. Caballero de Gracia, 15, 2.ª Madrid.

Con motivo de los próximos días de fiesta, que obligarían á nuestro semanario á no salir el sábado tan pronto como de costumbre, hemos adelantado, sólo por esta semana, su publicación al día de hoy.

VERDAD

DE LA

RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Al tratar un asunto de la importancia que en sí mismo encierra el de la Resurrección gloriosa de Jesucristo, se pide su propia índole ofrecer como demostrable: 1.º la existencia del personaje; 2.º, su muerte por crucifixión y la sepultura del cadáver; 3.º, la resurrección verificada.

Viniendo á nuestro intento, empeemos por establecer que para juzgar un hecho de resurrección deben examinarse otros dos que le suponen. Existencia del sujeto, y muerte positiva del mismo. Si después de verificados ambos se adquiere evidencia de que el muerto volvió á la vida, entonces procede afirmar que resucitó.

No habiendo verdadera muerte, no cabe verdadera resurrección, como nadie puede levantarse sin haber caído; y si el hombre una vez muerto, no vuelve á la vida por virtud propia, no puede ser tenido por Dios. Tampoco debe ser considerado como Dios el que habiendo muerto resucita por virtud de otro. Aquél en cuyo poder está dar de nuevo la vida al que murió, es verdaderamente Dios. Envuelve, pues, la resurrección de Jesucristo dos hechos: uno que es la resurrección misma, otro que es la muerte. La resurrección, considerada en virtud, encierra dos acciones, la que es á Dios esencial, y ésta es incomunicable, y la del hombre, que se levanta en obediencia á la voz de Dios. La resurrección, mirada como hecho demostrativo de alguna verdad, necesita de testimonios claros, auténticos é indudables para constituir una prueba evidente del asunto á que sirve de apoyo y confirmación. Requiere, por lo tanto, para saber si hay una resurrección verdadera, que conste el hecho de haber muerto el que se nombra como resucitado; y es necesario que la aparición del que se tiene por vivo sea tan real, tan visible, tan palpable y tan evidente como lo es cuanto testifican los ojos sanos, el oído atento, el juicio reflexivo, los hombres de todas clases amigos, y también enemigos. Se requiere además que los testimonios favorezcan de una manera inequívoca para demostrar la identidad de la persona que ve, oye, come, bebe, anda, habla y conversa con aquella otra cuyo nombre lleva y quien se dice haber muerto. Es, pues, necesario que los hechos no ofrezcan duda, ni se presten á otra interpretación que la de su referencia; que el sujeto no pueda sufrir usurpación en su personalidad, en su vida ni en sus acciones. Por manera que en la resurrección de J. C. deben evidenciarse, á un tiempo, tres cosas: 1.ª, que este personaje existió y fué conocido de muchedumbre de sus compatriotas y de extraños; 2.ª, que fué llevado al patíbulo de la Cruz y en él expiró; 3.ª, que después de muerto y sepultado resucitó; y conversó en identidad de voz,

de figura, de modales y de acción, á los que antes de morir le fueron propios. Cuando todo esto se haya verificado respecto del Salvador, podrá concluirse en buena lógica, diciendo: Jesucristo resucitó.

Están de acuerdo la historia, la razón y la ciencia para testificar la existencia y la muerte real y positiva de Nuestro Señor Jesucristo. Cid cómo hablan de ellos los Evangelistas, y cómo lo confiesan hombres, cielos y tierra....

Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS.

Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con grande voz, diciendo: «ELI, ELI, LAMMA SABACTAN?» Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Mas Jesús, clamando segunda vez con grande voz, entregó el espíritu.... (1).

Y tomando José (de Arimathea) el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo que había hecho abrir en una peña...

Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos acudieron á Pilatos diciendo:—«Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando aún vivía: Resucitaré dentro de tres días. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día; no sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero».—Dijo Pilatos:—«Guardas tenéis; id y guardadlo como sabéis». Y habiendo ido, aseguraron el sepulcro y pusieron guardas (2).

Era, pues, la hora de tercia cuando lo crucificaron. Y el título de su causa tenía esta inscripción: EL REY DE LOS JUDÍOS.... Mas Jesús, dando una gran voz, expiró (3).

Y había también sobre él un título escrito en letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS....

Y Jesús, dando una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró (4).

Y Pilatos escribió también un título, y lo puso sobre la cruz. Y lo escrito era: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS....

Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: consumado está. E inclinando la cabeza, dió el espíritu (5).

A testimonios de esta clase cede el entendimiento humano, y su asenso es tan indeclinable que no se detendrá á buscar confirmaciones de otra especie. Se han interesado en demostrar el hecho en cuestión los jueces y los verdugos, los discípulos y las mujeres piadosas; los mismos que, con las profecías en la mano, emplearon el lujo de la malignidad para estar á la mira de si el hombre crucificado podría ser aquél que dijera de sí mismo y de quien se dijera: resucitará al tercero día.

No podían desconocer á este personaje los mismos que poco ha le habían visto sufrir, padecer y dar el último suspiro. No podían engañarse acerca de la identidad de un sujeto todos los que le habían oído, le habían visto y le veían y oyeron después, sano el oído y sana

la vista, y en aptitud á propósito de poder declarar como testigos dignos de crédito. Para fingir que Jesucristo no resucitó, que no se apareció, que no era Él de quien se contaban las varias apariciones, hay necesidad de suponer mil absurdos, y entre ellos el de que un hombre sano en su vista, en su oído, despierto, prestando atención y hasta curiosidad; que, además de un hombre, una familia, muchas personas de todas clases y condiciones hayan desconocido al que fué respectivamente su amigo, su maestro, su padre, y un célebre personaje, mil veces visto y admirado; y que se le ha desconocido, no después de haberse ausentado por largo tiempo y viniendo de tierras lejanas, desfigurado por las señales de la vejez, por las huellas de los trabajos y con alteraciones de fisonomía, causadas en larga peregrinación, sino al cabo de tres días; y que no sólo le han desconocido, sino que oyéndolo soñaron oírle, viéndolo y tocando sus pies y manos, sufrieron una ilusión completa en todos los sentidos, creyendo y proclamando que veían, oían y tocaban lo que no podía ser visto, oído ni tocado; ó es necesario decir que deslumbrados de una manera jamás admitida por el buen criterio, se encontraron con aquel hombre que tuvo la habilidad inconcebible de aparecer como exactamente era preciso apareciese, á fin de que las gentes lo tuvieran por Jesús Nazareno resucitado. Y forzoso era suponer que preparados estos mismos espectadores como por encanto para dar testimonio de lo que se propusiera el impostor, habían sucumbido á la fuerza de un movimiento inexplicable. Necesario era conceder todo lo que es repugnante á la buena razón y al recto sentir, y negar á los testigos de la resurrección todo lo que es forzoso admitir en sana lógica por un entendimiento sano. ¡Qué maravilla! El impostor pudo contar con todos los prestigios del engaño, y dispuso á su arbitrio de cuanto ilusión era necesaria para alucinar á los testigos!.... Llegó su habilidad hasta medir y graduar las ilusiones de modo que tuviera la bastante para deslumbrar á las mujeres y á los sencillos, y la necesaria para alucinar á hombres de todas clases, incluso los crédulos y curiosos. Las tuvo, pues, de varias formas y de diferentes tamaños, para poderlas acomodar á la diversa capacidad de los sujetos. Singular quimera. Preciso es confesar que por no creer cosas evidentemente creíbles, llegan á creerse cosas evidentemente absurdas.

La serie de comentarios que es necesario inventar para desmentir el hecho de la resurrección de Jesucristo, lo supone tan cierto, tan notorio y tan innegable, que los impugnadores mismos han tenido que apelar en sus argumentos á las mismas razones que constituyen prueba indestructible en su favor. Ved en qué forma. Testigos oculares deponen sobre la certeza del suceso; y los crédulos llaman en su auxilio á testigos también de vista, pero que estaban dormidos. Decid, les intiman, que dormiais cuando llegaron los discípulos y arrebataron el cadáver. ¡Cómo!... ¡Un testimonio de vista pedido á quienes tenían cerrados los ojos, y en suspenso el juicio, inactiva la atención é inactiva también la voluntad! ¿Quién oyó jamás cosa parecida? Y no obstante lo que ha dado en llamarse *razón humana*, se rebela cada día y á toda hora contra todo aquello que, aun siendo sobre la razón humana, es conforme á ella misma y suministra mil géneros de prueba en su abono. Bien

hizo San Agustín exponiendo con su natural agudeza cuanto encierra de contradictorio y vano el efugio de evocar contra la resurrección de Jesucristo el testimonio de hombres dormidos. Sería curioso que nosotros á la vez evocáramos el testimonio de los soldados romanos para preguntarles sobre el rigor de la disciplina militar en la consigna de un centinela, sobre la circunstancia de no guardar cada uno su puesto de vigilante, sobre la de dormirse á un tiempo los encargados en custodiar el sepulcro. Y ¿lo sería menos oírlos dar sus disculpas, ó sus explicaciones de cómo fué removida la piedra que cerraba el sepulcro, y de cómo también, con qué acuerdo y á qué precio y condiciones consintieron la sustracción del cadáver? ¿Consentiría este género de excusas la jurisprudencia entonces vigente? ¿Las admitiría la disciplina militar? ¿Se apreciaría en ningún tribunal el testimonio de un hombre que dijera: ví, oí cuando dormía; depongo de que estando dormido ocurrió á mi vista tal cosa, y se realizó de tal manera? ¿Y valdría ese mismo testimonio cuando procediera de hombres ganados por dinero para decir precisamente lo que interesaba á quienes los sobornaban para desfigurar el suceso? ¿Cómo, pues, admite el juicio del incrédulo en un caso lo que negaría en todos los demás de igual, ó de diferente índole? ¿Ó es que contra las cosas de religión hay un sentido y un criterio aparte, por el cual se da sanción á todas las contradicciones y repugnancias? Los absurdos que es necesario suponer para negar la resurrección de Jesucristo, se convierten en pruebas invencibles de su realidad.

Es claro á toda luz que cumplido el anuncio en cuanto á la muerte, debía de cumplirse en cuanto á la resurrección; y cumplido el sacrificio por voluntad de Jesucristo, por su propia voluntad había de cumplirse la resurrección. Suponer que Jesucristo manifestó poder omnímodo, y sabiduría divina en cuanto hizo y enseñó hasta morir, y que este poder y esta misma sabiduría se menoscabaron en orden á su plan, y á sus designios declarados respecto de la resurrección, es llevar la duda, la incredulidad y la falta de criterio hasta la insensatez del impío. Suponiendo tal absurdo habría que combinar el espíritu de verdad con el de la mentira, y dar explicación de cómo un mismo profeta era al propio tiempo el más poderoso en obras y en palabras y el más fiel cumplidor de promesas, y por otro un impostor imbécil y despreciable. Quien hubiera alcanzado la gloria de morir como un héroe, sabiendo que nadie podía arrebatarse esta corona, habría dejado al descubierto las más inconcebibles debilidades, pronosticando una resurrección bastante á quitarle toda la fama adquirida luego que no se verificara el acontecimiento cómo y cuando él lo predecía. Añadiendo á todo esto que Jesucristo, al tiempo mismo que hablaba de su resurrección, hacía milagros tan palpables y ruidosos como el de la resurrección de Lázaro; es preciso confesar que resucitó por virtud propia, que cumplió su palabra de antemano empeñada, que es Dios de los siglos, inmortal y autor de la vida; y que como Dios-Hombre redimió al género humano.

Contra el hecho de la resurrección de Jesucristo, y como testimonio para desmentirlo se apeló al soborno de los soldados diciéndoles qué y cómo habían de declarar. «Deponed que cuando dormiais vinieron por la noche los discípulos de

(1) San Mateo, c. 27, vv. 46 y 50.
(2) San Mateo, c. 27, vv. 37, 46, 50, 59, 60, 62, 63, 64, 65 y 66.
(3) San Marcos, c. 15, vv. 25, 26 y 37.
(4) San Lucas, c. 23, vv. 38 y 46.
(5) San Juan, 19, vv. 19 y 30.

Jesús y lo robaron». Parece imposible que así discurren los doctos y los ancianos después de maduro examen, *consilio accepto*, y que emplearan su ingenio y su dinero, *pecuniam copiosam dederunt militibus*, en tan vano proyecto.

El sueño que duermen los que deben velar es sueño inquieto, interrumpido, sueño de sobresalto. Y ¿cómo los guardias del sepulcro no se levantaron al ruido de los que allí se acercaban y removían la piedra que lo sellaba, ni viéndolos se espantaban ni dan señales de que su actitud pueda explicarse después del suceso, y aparecer su conducta natural, clara, siquiera como piden la razón y el buen sentido que se refieran las cosas y se describan los hechos? Para dar cuenta del de la resurrección de Jesucristo no hemos apelado á posibilidades, ni á conjeturas. Bastó desde luego afirmar que tal cosa había acaecido, y que tales otras de respectiva índole se habían realizado. Cuando así habla la conciencia del testimonio y la elocuencia de los hechos, están por demás las invenciones y las cavilidades que tienden á desfigurarlos. Juntos van en este razonamiento la naturalidad y la crítica: la primera se encarga de narrar el suceso de la resurrección como en familia y entre quienes ven con vista sana, y de idéntica manera el hecho referido; la segunda abre caminos á la convicción, aleja obstáculos y asegura al entendimiento, en la firmeza del asenso que presta á la verdad esclarecida. Gracia es de Dios el creer; y claro está que la gracia, como todas las que son gracias, no suponen mérito en el que las recibe, ni reconocen más causa ni otro principio que la bondad de quien las concede y otorga. Clarísimo es esto tratándose, especialmente, de la gracia de Dios, que no puede merecerse, y que como principio del mérito es anterior á todo mérito; que se llama gracia porque gratuitamente se confiere. ¡Adorable resurrección del Salvador! Que nuestra fe sea viva; que no sea estéril la predicación evangélica y que resucitando con Cristo, busquemos cuidadosos las cosas celestiales, no las terrenas. *Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens, quæ sursum sum sapite, non quæ super terram* (1).

Van en estos hechos tan enlazadas las justicias con las honras, y las glorias con las armonías evangélicas, que al examinarlos nada encontramos tan propio y acomodado como repetir coreando en estas palabras los más concertados acentos. *Resucitó el Señor, ¡alegría! y apareció á Pedro, ¡alleluia! Resucitó el Señor, ¡alleluia!; y subió á los cielos, ¡alleluia, alleluia! ¡Gloria sea dada á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad! Amén, amén, amén.*

El Cardenal MONESCILLO Y VISO.

EL MISERERE

No sé cómo fué; pero ello es que me hallé en una de las capillas de la catedral, donde pronto debía darse comienzo al celebrado *Miserere* de Esclava.

Las luces opacas que de columna en columna tendían sus reflejos hacia los altares, entraban como espadas temblorosas á través de la verja de la capilla, y se perdían, lamiendo los muros, en las tinieblas, dejando vagorosos reflejos en los aires.

Una serie de figuras humanas oía entre la sombra con religioso silencio, al lado mío, los cantos de la ceremonia, y bajo las naves del templo resbalaba una apiñada muchedumbre, levantando, al rozar los pies sobre el pavimento, un rumor parecido al crujir y restregar de la seda.

Había ya resonado el *Incipit lamentatio* de Jeremías, y aún temblaban bajo los arcos las vibraciones de las voces; el salmo *Salvum me fac Deus*, había igualmente expirado en aquel ambiente de religiosidad y recogimiento; también pasaron las lamentaciones, á cuyo final re-

piten los acentos: *¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete á tu Dios!*, frase que rueda de uno en otro muro en gigantesca onda sonora que llena de armonías el templo; lanzadas por los salmistas y cantores, habían sonado después las sagradas antífonas al principio y al final de cada salmo, y asimismo había sido entonado por las voces el cántico de Zacarías, ó *Benedictus*; todo parecía haber dejado en el ambiente un sublime rastro de divina poesía, y todo incitaba á preparar el ánimo para el grandioso *Miserere*, en cuya solemne instrumentación parece que toman parte vírgenes y ángeles; estruendo de formidables cataratas y arrullos de claros manantiales; ensordecedor estampido de tempestades terribles, y susurros de abejas y de palomas cuando vagan por las florestas y los rosales.

A punto de las nueve, cuando ya acostumbrado el oído á las voces del canto llano mi vista volaba del órgano inmenso á la alta nave, el *Miserere* dió comienzo con toda majestad, y llegó dulcemente por los oídos al corazón sacudiendo sus fibras de la abstracción en que se hallaban.

¡Miserere mei, Domine, secundum magnam misericordiam tuam!—resonó poco á poco en la catedral, acompañado de la voz cantante, que se perdía entre el estruendo de la música y el bosque de palmeras que el arte había sabido formar de la piedra.

Mientras corría la voz por las escalas, ya sonaba la orquesta grave y profunda como misa de *Requiem* que entonaran en sus criptas los severos reyes muertos; ya vibraba con las voces de las altas octavas, llenando de claridad la armonía, como si cayese una inundación de luz sobre las notas; ya entremezclaba sonos graves y agudos donde á la vez parecían oírse idilios de pastores y estruendoso correr de caballos; ya, por último, quedaba la armonía suspensa de una nota, como de un hilo de oro, y moría en un filado sonido, cada vez más lejano, como cáliz de aérea flor que se cierra.

La gente, entretanto, resbalaba rumorosa é inquieta por el lado de los altares y por el centro de las naves buscando puesto donde refugiarse; entre el clamor de los violines percibíase el silbado rumor de los pasos sobre las losas como un chicheo dulce y misterioso de cosas que se llamaban para contarse historias y secretos.

El obscuro calado de las mantillas proyectando su sombra sobre los rostros; las rojas colgaduras suspensas de las columnas y de los muros como grandes cortinas de oro; el rutilar de los reflejos sobre la pedrería de las arañas y sobre los cristales de las lámparas; la danza de claridad y de tinieblas en los ángulos y bajo las bóvedas; la noche imponente suspensa en las alturas como fúnebre crespón tejido de alas negras; los rezos; las plegarias; el golpe dado no se sabe dónde que llena sonoramente las naves y se pierde á lo lejos como eco de un mundo desconocido, todo hacía mayor el misterio de la ceremonia y todo contribuía á la severa majestad de la iglesia.

El segundo versículo rodó desde las alturas del coro y la orquesta agitó sus arcos y sonó sus instrumentos lo mismo que si fuese llegada la hora del día del juicio. No era ilusión; entre el diluvio de sonidos se derrumbaba con terrible estrépito el inflamado Sinaí, que desgajaba su corona de tempestades, en tanto que tras las últimas vibraciones atravesaba como una bandada de ángeles por los aires agitando sus alas inmensas que tropezaban en las bruñidas lámparas y en las largas trompetas de los órganos.

El versículo expiraba; expiraba entre una sucesión de notas que se abrían como rosas y se plegaban como desfallecidas alas hasta extinguirse en los débiles pliegues del aire.

Después era entonado otro versículo; luego otro en el que parecía palpitar todo el dolor humano, y, por último, acabó el *Miserere* con una altísima nota, llena y vibrante, que durante un minuto estuvo rodando por las naves.

La gente abandonó el recinto lenta y espacientemente; los sacerdotes cruzaron sobre las losas en direcciones distintas; la iglesia quedó completamente desierta, y sonaron las pesadas llaves en las cerraduras, cerrándose á poco las hojas.

SALVADOR RUEDA.

¡CRISTO HA MUERTO!

SONETO

Grupos de nubes cruzan el vacío cubriendo el sol y la celeste esfera; la nieve, con su helada cabellera, viste de blanco desde el monte al río.

No hay flores en el bosque ni rocío; obscurécese el sol en su carrera; la cabaña, el palacio y la pradera, se torna todo en un sudario frío.

¿Cuál es la causa? ¿Cuál, que yo no acierto? ¿Qué motiva trastornos semejantes, que está Jerusalén como un desierto?

¿Por qué no está ya todo igual que antes? ¡La desgracia es inmensa! ¡Cristo ha muerto!! Demos por él la vida, y no es bastante.

FELIPE ROBLES.

LA MUERTE DE JESÚS

Roma, la señora del mundo, inclinaba la cerviz con toda su civilización, con todo su atrevimiento, con todas sus riquezas y toda su osadía, bajo el peso abrumador de su molición, sensualismo y corrupción. Roma se hallaba dentro de aquel período de cien años que duró su agonía; la fiereza, los desaciertos de sus reyes, cónsules y emperadores, se enervaba, y era que, al fijar sus ojos en el Norte, veía acercarse las indómitas tribus que habían de pulverizar con los cascos de sus salvajes caballos hasta los cimientos escondidos de la metrópoli eterna.

Un fantasma misterioso, negro como las alas del ángel de la muerte, alzabase en occidente, que terrible señalaba por dónde la ruina del imperio romano había de presentarse.

Tal creía ver Augusto, sin que lenitivo fuera á su dolor el que allá, en un punto de Oriente, dominase todavía una nación; que no era fuerza bastante para contener el amenazador peligro, un puñado de incrédulos y ergotistas, escépticos y muelles.

Cuenta Augusto con un pontífice que, inepto, se eleva al sacerdocio á peso de oro; dispone de un Pilatos, símbolo de todas las debilidades; tiene á su disposición un Herodes, epicúrea y sanguinaria personificación... ¿Podía el César, con sosegado espíritu, entregarse á los placeres que su corte le brindaba, descansando en el bélico ardor, en el potente esfuerzo del Oriente?

¿Quién podría salvar á Roma? El Mesías, un Mesías soberano; como Alejandro conquistador; soberbio como Artajerjes.

Por entonces nace en Belén un niño, á quien llama la plebe Hijo de Dios; pero nace humildísimo; por cuna tiene un pesebre, y ese niño no puede ser el Mesías prometido... es hijo de un carpintero...

Vuela el tiempo, y aquel niño, perseguido por las iras herodianas, asombra en la sinagoga con la sabiduría y grandilocuencia de su palabra; confiesan los doctores que es despierto; pero al juzgar el fondo del discurso, le hacen blanco de sonoras carcajadas; admíranse del niño que predica como hombre; mas se mofan del hombre, *inocente* como un niño.

Y sigue el tiempo volando, y el profeta, Jesús el innovador, hace temblar en su trono al mismo César.

Aquel hombre es un peligro al poder; su doctrina, que perdona á la mujer adúltera, que combate la soberbia y que ensalza la humildad, que *separa el amor de Dios* del culto del soberano terreno, desconcierta y enciende en ira á los sacerdotes; que el pueblo va conociendo sus derechos y poder...

Las doctrinas del Hijo de María han

ahondado en el corazón del hombre; César y sus magnates se estremecen, tiemblan los fariseos, sufren pavor los escribas... y todos los que no creen en la palabra de Dios, todos sufren la fiebre del miedo; que Jesús hace prosélitos y se hunde el poder romano.

Pero la profecía ha de cumplirse, y Jesús ha de cumplir muy pronto su grandiosa misión.

Del temor nace la debilidad, de la debilidad nace la ira y de la ira el encono; el magnate judío teme, pero no se esconde; al contrario, álzase iracundo, unido en estrecho lazo, que de tal fuerza necesita su grande debilidad, y se arroja unido y como fiera sobre el hombre...

¡Infelices judíos; tienen miedo de Jesús y no temen á la justicia de Dios! Pretended ablandar la roca con el puño, y os heriréis en la mano.

Quiere Jesús domeñar la fiereza, la desmoralización judaica, y Jesús es condenado á muerte.

Rodéase de los buenos, y aun los buenos le abandonan... entre sus mismos discípulos hay traición. Un beso de Iscariote entrega á Jesús á los sicarios de la ley; Simón, su muy amado discípulo, teme las iras del pueblo y niega tres veces á su Divino Maestro.

Y allá, solo con su tristeza y dolor, de Anás á Caifás, de Caifás á Herodes, de Herodes á Pilatos, va caminando Jesús en tremenda peregrinación entre la mofa del pueblo, la cabeza ensangrentada por la corona de espinas que hunde el judío en las sagradas sienes, el rostro escupido, el cuerpo azotado, y el alma sentida, que entre Él y Barrabás, terrible malhechor, el pueblo ha condenado á muerte ignominiosa al grito de «¡Soldad á Barrabás y á Jesús crucifícadle!»

Abumado va por el peso de la cruz, que aun cuando el espíritu es fuerte, es la carne débil y flaquean las rodillas, vacila y cae Jesús...

Ojos turbios, pecho fatigado, tembloroso el cuerpo, ansias terribles de muerte, demuestran al judío que la existencia del reo va pronto á terminar, antes de haber llegado al empinado Gólgota; ¡tal sucede, es muy corto el martirio de Jesús, su agonía demasiado breve y se busca un Cirineo que comparta con Él el peso del patíbulo; pero el abatimiento es grande y el agotamiento de las fuerzas mucho; tropieza nuevamente y cae de nuevo... y se vuelve á rendir por vez tercera...

—¡Que viva Barrabás! ¡No soldad á Jesús, crucifícadle!—pidió el pueblo á Pilatos con voz enronquecida, y Pilatos lo mandó crucificar...

Es la cruz sobre la tierra y es la cruz el Redentor del mundo. Clavos de acerada punta atraviesan sus manos y sus pies; el cuerpo del Salvador es una llaga... Al sufrimiento del espíritu únese el martirio del dolor de la carne, que se contrae al sentir su horrible desgarramiento.

¡Suplicio horrible el del Hijo de Dios y Padre de los hombres, que, al par que el dolor del cuerpo, sufre el martirio del alma abandonada!

No puede más... y elevando al cielo los vidriados ojos, dice con grande voz: «*Eli, Eli, ¿lamma sabactani?*» ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?

Secos los labios, abrasada la garganta, tiene sed, pide agua y le dan hiel y vinagre.

No puede más Jesús... frías gotas de sudor serpentean entre las huellas de sangre que enrojecen su divino rostro; entreabre los amoratados labios, eleva su vista al cielo y con el último aliento exclama: «¡En tus manos, Señor, encomiando mi espíritu!...»

Jesús ha muerto, y la sociedad hebrea puede descansar tranquila y tranquila puede celebrar la Pascua, y Augusto puede vivir tranquilo, pues ya no existe Jesús; alienta, ensancha su pecho hasta entonces oprimido ante las victorias del profeta.

Pero será brevísima su calma, que

para todas las enfermedades que tengan su origen en la pobreza de sangre.—Precio: 3,90 pesetas.

Agente en Toledo: D. Agustín Moreno, Zocodover, 48.

PILDORAS FERRUGINOSAS
DEL

Dr. HEINZELMANN

«enmudecieron la Pythia y la Sibila de Cumas», y la humanidad escucha atenta las predicaciones de los Apóstoles que, recorriendo el mundo, llevan por todas partes el espíritu de su inmortal Maestro... Y de este modo vane desmoronando poco á poco el idolo de la fuerza; el hombre razona con más juicio, y comprendiendo ya que Dios le crió en el Paraíso, libre como la paloma, tiene derecho á sacudir el yugo del esclavo y á gozar de la hermosa libertad para que fué criado.

El espíritu de Jesucristo flota sobre el universo, como flotaba el espíritu de Dios sobre la haz de las aguas cuando formando iba el mundo de la nada, y ya no sólo iba el hombre posesionándose de sus derechos, sino que la mujer despertaba también de aquel terrible sueño en que la barbarie aletargábala, para vejarla, oprimirla y degradarla.

«El hombre llegó á ser libre en nombre de la caridad.»

La mujer llegó á ser santa por la voz del Evangelio.

Sucumbió la fuerza bruta y surgió la justicia ante la doctrina del Crucificado, que es la doctrina santa del Evangelio.

Murió Jesús y resucitó el hombre. La espada fué rota por la palabra; á la conciencia ultrajada, sucedió respetada la conciencia; al absolutismo, que carecía de ley, la ley que promulga la igualdad. Al temor, á la pusilanimidad del oprimido, que empuñe el corazón, el valor, la grandeza, el ánimo que le ensancha y la libertad que ilumina los horizontes de la vida; á la religión, en fin, de la materia, que como dijo Prieto y Prieto, es la apoteosis de la carne, el amor al Crucificado, que es el símbolo de la perpetuidad inmortal del espíritu libre y sin trabas, siempre creyente y siempre lleno de amor.

JAVIER SORAVILLA.

Rumores teatrales

Con *El salto del pasiego*, celebró el sábado su beneficio D. Ramón de la Guerra, y puede estar satisfecho, pues el público llenó el teatro y le colmó de aplausos, y sus amigos y admiradores le hicieron valiosos regalos, entre los cuales llamó la atención una artística daga con que le obsequió el ilustre Colegio de abogados, á quien estaba dedicado el beneficio.

* *

El domingo, después de *El padrino de «El Nene»*, se estrenó *Gota serena*, patético cuadro lírico-dramático, en el que se distinguió mucho la Sra. Galán, así como Banquells y Tapias, que obtuvieron una ruidosa ovación.

Pero *el delirio*, fué en la jota aragonesa, cantada de corazón por Berges, que salió hecho un baturro de verdad. Todas las manos le aplaudieron con entusiasmo, y hubo vivas á España, marcha de Cádiz y demás desbordamientos, al terminar dos coplas patrióticas y una cariñosa de despedida á Toledo.

Los golfos se estrenó después, y no he de decir yo aquí por qué no resultaron: por aquello de que *agua pasada no muele molino*. Ya los veremos mejor hechos, y entonces hablaremos.

Y con esto dió Berges por terminada la temporada, que, aunque brillante, no lo ha sido todo lo que debiera, por causas que todos conocen y fuera ocioso repetir.

De todos modos, algo se ha hecho por el arte; Toledo ha tenido durante algún tiempo agradable esparcimiento, y por ello merece plácemes la empresa.

Salud y hasta otra.

* *

Para el día 18 se anuncia la brillante función organizada por el entusiasta maestro D. Gabriel M. Baños, y cuyos productos se destinan á los enfermos y heridos de Cuba y Filipinas.

Como saben mis lectores, se pondrá

en escena la ópera en cuatro actos de DONIZETTI (acúsome de una *plancha* que hice en una de mis anteriores revistas) titulada *Poliuto*, desempeñada por la Srta. D.^a Matilde González, Paolina; el Sr. D. Máximo Aguado, Poliuto; el Sr. D. José Blanco, Severo; el Sr. D. Feliciano Catalán, Callistene; el Sr. D. Arturo Pineda, Felice; el Sr. D. Alejandro Martín, Nearco; el Sr. D. José Luque, Un cristiano.

Coro.—Srtas. D.^a Loreto Pérez, doña Pilar, D.^a Dolores y D.^a Visitación Criado, D. Basilia Ruiz, D.^a Esperanza y D.^a Carmen Duque, D.^a Ascensión Cano, D.^a Lucrecia y D.^a Isabel Piqueras, D.^a Sagrario Morcuende, D.^a Trinidad Sierra, D.^a Elisa Moreno, D.^a Carmen Micas, D.^a Amelia y D.^a Estrella Cabrera, D.^a Amparo y D.^a Pilar Bueno, doña María Lozano, D.^a Carmen Jimeno, doña Mercedes Fernández, D.^a Consuelo Riesco, D.^a Visitación Sanromán, D.^a Matilde Fernández, D.^a Herminia Gómez, D.^a Esperanza López, D.^a Natividad Rodríguez, D.^a Carolina Blanco, doña Irene Sánchez, D.^a Carolina Cenozo, D.^a Isabel Muñoz, D.^a Julia Gutiérrez, D.^a Felisa Camacho, D.^a Loreto Merchán y D.^a Vicenta Gutiérrez.

Sres. D. Antonio Jornet, D. Eduardo Farriols, D. Juan Muñoz, D. Antonio Garajo, D. Mariano Merchán, D. Miguel García, D. Vicente Ruiz, D. Pedro Sierra, D. Matías Cruz, D. Mariano Rosell, D. Isabelo Sánchez, D. Saturnino Hernández, D. Patrocinio Muñoz, D. Fulgencio Sánchez, D. Rafael Méndez, don Telesforo Sancho, D. Alberto Bretaña, D. Ramón Peláez, D. Julián Lugo, don José Asenjo, D. Nicolás de la Poza, D. Manuel Jiménez, D. José Vidales, D. Dionisio Carrillo, D. Jesús Manzano, D. José Pozo, D. Daniel Cabello, don Bernabé Cebrián, D. Aniceto Rodríguez, D. Manuel Feliú, D. Luis Moraleta, don Ricardo Orts, D. José Díaz, D. Basilio Martín, D. Bernardo Fernández, don Tomás Piqueras, D. Jesús Morales, don Fernando González, D. Manuel Fernández y D. Román Rico.

La parte de órgano será desempeñada por D. Sebastián Cabezas.—Pianistas, los Sres. D. José Fernández, D. Francisco Román y D. Inocente Rubio, mas el personal de orquesta y banda.

Se estrenarán tres decoraciones que han sido pintadas exprofeso por el aplaudido pintor escenógrafo D. Adolfo Herreras, que representan «Las catacumbas», «Una plaza romana» y «El templo de Júpiter».

Sé que ya no quedan localidades, y que habrá que repetir la obra tres ó cuatro veces para que todo el mundo pueda verla, y en verdad que merece este interés el merísimo esfuerzo del maestro Baños, que llega con su poderosa voluntad á poner en escena una ópera de los vuelos de *Poliuto*, cantada por aficionados que no lo parecen y con su conciencia artística á ajustar á la verdad decorado é indumentaria, cosa casi desconocida en Toledo, donde ya nos hemos acostumbrado á ver la *Puerta del Sol* unas veces en Rusia, otras en Turquía y otras en el Polo Norte.

Baños ha logrado hacer que se abran los corazones á dos sentimientos nobilísimos.

Arte y caridad.

Bienaventurado el soldado que pelea por tal bandera.

Y ahora ¡a aplaudir en *Poliuto!*

BORRÁS.

GESTIONANDO EL INDULTO

Una comisión de esta ciudad, de la que forman parte el presidente de la Diputación Sr. Jiménez Cano, el diputado señor Manzanilla y el cura párroco y concejales de Menasalbas, han visitado al diputado á Cortes Sr. Duque de Arión, con el objeto de que interponga su eficaz influencia para conseguir el indulto de los reos del citado pueblo, condenados á muerte por el crimen de que dimos oportunamente minuciosa información á nuestros lectores.



Sermones de Soledad.

En Santa Justa, á la vuelta de la procesión, por el Dr. D. Santiago Pastor y Just, cantándose después el *Stabat Mater* de Rosini.

En San Juan Bautista, al anochecer, D. Manuel Muñoz de Morales y Sánchez Valdepeñas.

En San Nicolás, á las siete y media, D. José Rizo y López.

En Santiago del Arrabal, al toque de oraciones, D. Luciano Arellano.

* *

Procesiones.

Jueves.—A las cuatro y media de la tarde, los pasos que se custodian en San Marcos, se unirán á los que salen de la Magdalena, recorriendo el itinerario de costumbre.

* *

Viernes.—La del *Santo Entierro* saldrá á las cinco de la tarde, de la parroquia muzárabe de Santos Justa y Rufina, recorriendo la calle de la Plata, plaza de San Vicente, calle de Jardines, Nuncio Viejo, Catedral, plaza del Ayuntamiento, Palacio, calle Hombre de Palo, Comercio, plaza de Zocodover, calle de la Sillería, Alfileritos, San Vicente y Plata, para entrar en la parroquia.

EL DEMONIO NO TIENE PIEDAD

Quando yo, el que escribe estas líneas, era muchacho, me imaginaba que los animales, por ser mudos y no poder decir sus sentimientos, nunca se enfermarían, y creía que debía ser lo mismo con los niños que no tienen ninguna mala intención al violar las leyes de la naturaleza. ¡Pero oh Dios! cuando entré en años, estos terribles hechos me abrieron los ojos. La enfermedad, aquel demonio destructor. ¿Perdona ella á alguien? No, á nadie; ni al pajarillo en su nido, ni á la criatura en los brazos de su madre, ni al hombre robusto en su trabajo. ¿Cómo podremos resistir á un enemigo tan fuerte y tan terrible?

«Hoy», nos dice un hombre de experiencia, «tomo mi pluma para decir que, como ocho ó nueve años ha, sufría muchísimo de ronchas que cubrían todo mi cuerpo y con dificultad podía evitar el rascarme la cara, y una sola botella del Jarabe Curativo de la Madre Seigel me curó completamente. Había usado antes una gran cantidad de medicinas de boticas y caseras, pero sin ningún beneficio, y hoy la enfermedad ha desaparecido del todo.»

«El año pasado di el Jarabe á una de mis hijas, de diecisiete años de edad que sufría de laxitud y que siempre parecía que se encontraba cansada, había perdido el apetito y tenía un color amarillento de lo más desagradable, que daba lástima verla. Al principio temí darle el Jarabe, debido á la edad á la cual había llegado; sin embargo, me decidí á dárselo y compré una botella en la botica del Sr. D. Fidel Martínez, la cual la curó; ya no se encuentra ni fatigada, ni languida; come de todo y le ha vuelto el color de buena salud.»

«Hace cuatro años tenía un amigo que sufría de escalofríos, estuvo enfermo por dieciocho meses y se puso tan débil, que no podía agacharse para recoger

ni una paja; tomó únicamente una botella del Jarabe y pronto principió á sentirse mejor, y ahora está completamente bien.

«Por cualquiera parte donde vaya me veo, pues, precisado á hablar del maravilloso poder del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. (Firmado). Florentino García, Pancorbo (Burgos), 10 de Junio de 1894.»

Otra carta nos dice lo siguiente: «El 15 de Agosto de 1892 cogí un fuerte frío. Había salido del cuarto de lavar, estando sudando; en ese momento pasé por una corriente de aire, y desde esa fecha no me dejan los dolores de cabeza, de estómago y reumatismo; no podía digerir el más insignificante alimento y en vano tomé aguas minerales y diferentes clases de baños; por último, mi hermano me trajo de Santander una botella grande del Jarabe Curativo de la Madre Seigel; pero aún no había comenzado á tomarlo cuando el médico vino y me ordenó que lo botase, diciendo que era dañino. No obstante, como yo había sabido que muchos pacientes se habían curado con el Jarabe, tomé el firme propósito de probarlo: por este motivo compré otra botella á D. Pedro Ronada de Solares. El efecto de la medicina fué maravilloso, pues después de una semana, los dolores de cabeza, sentimientos de pesar y peso en el estómago, habían desaparecido completamente, y mi salud es hoy completa y restablecida. Lo que no pude obtener durante dos años de ningún otro remedio, lo conseguí en muy corto tiempo tomando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. (Firmado). Dolores Carretero, Bóo, provincia de Santander, 21 de Junio de 1894.»

En todos los casos designados arriba, la enfermedad única y verdadera fué de los órganos digestivos, la indigestión y la dispepsia. Es la queja prevaleciente en todos los países, es el origen fecundo de la mayor parte de los padecimientos locales y que ataca á las personas de todas las edades.

Desde que el Jarabe Curativo de la Madre Seigel se introdujo en España, ha curado todos los casos de enfermedades en las cuales se haya tomado. Manden por el folleto, franco de coste, en el cual se describen las enfermedades, y el remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurias de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

Enfermedades del estómago.

Certifico que sufriendo mucho del estómago, me curé con las Píldoras Antidispépticas del doctor Heinzelmann.—*Leandro René* (Firma legalizada).—Frasco, 3'90 pesetas.—Unico agente en Toledo, Dr. Agustín, Zocodover, 43.

Estómago, intestinos.

Agradezco y declaro que me curé del estómago é intestinos, tomando las Píldoras Antidispépticas del doctor Heinzelmann.—*Eduardo Linñe* (Firma legalizada).—Frasco, 3'90 pesetas.—Unico agente en Toledo, Dr. Agustín, Zocodover, 43.

Imprenta, librería y encuadernación de Menor Hermanos.

TÓNICO-JEREZ

VINO ESPECIAL

PARA ENFERMOS Y CONVALECIENTES

DE VENTA

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS, DROGUERÍAS Y ULTRAMARINOS

A. DELEYTO & C.^o

Jerez de la Frontera.

FOTÓGRAFOS

SANCHO Y C.^a

Belén, 9.-Toledo

